NOTAS

LA NIÑA QUE APRENDIÓ: ANÁLISIS LITERARIO-ÉTICO DE UN CUENTO DE IGNACIO PADILLA

*Cecilia Galaviz Álvarez**

RESUMEN: El presente texto es un análisis crítico literario de un cuento de Ignacio Padilla. Se indaga la relación entre la literatura y la filosofía, especialmente la ética. El cuento invita a reflexionar acerca de los cambios civilizatorios obligados sobre ciertos seres humanos y el resultado de deshumanización que acontece cuando no se toman en cuenta las diferencias, que pueden ser educativas, culturales o físicas.

PALABRAS CLAVE: diferencia, subalterno, conciencia moral, culpa, lenguaje.

THE GIRL WHO LEARNED: AN ETHICAL-LITERARY ANALYSIS OF AN IGNACIO PADILLA'S STORY

ABSTRACT: This article is a literary critical analysis of an Ignacio Padilla's story. We will investigate the relationship between literature and philosophy, particularly ethics. This story invites us to reflect on the civilizing changes imposed on some human beings and the resulting dehumanization when their differences are not taken into account.

KEYWORDS: difference, subordinate, moral conscience, blame, language.

RECEPCIÓN: 22 de noviembre de 2016.
ACEPTACIÓN: 24 de febrero de 2017.

* Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

LA NIÑA QUE APRENDIÓ: ANÁLISIS LITERARIO-ÉTICO DE UN CUENTO DE IGNACIO PADILLA

Introducción

108

Vargas Llosa, en su discurso de aceptación del premio Nobel de Literatura, afirma que la literatura nos permite vivir situaciones distintas a las de nuestra cotidianidad. Nos permite —dice— ver el mundo de distinta manera, saber que el mundo, tal cual es, es imperfecto y no muestra la trascendencia. Gracias a la ficción, nos adentramos en personajes que nunca seremos pero que, paulatinamente, con cada lectura, van dándonos nuevas perspectivas y formando nuestra personalidad, así como nuestro juicio crítico que hará que no seamos fácilmente manipulables por ideologías

o políticos. Somos un poco mejores por los libros que hemos leído.¹

Los sucesos que la literatura narra y que leemos con deleite permiten apreciarlos como si fuera al lector a quien ocurren. Obliga —afirma Martha Nussbaum— a enfrentarlos desde la ética, es decir, desde una situación de compromiso, porque los asuntos que se plantean, al apropiárselos el lector, no pueden dejarlo indiferente. Será el lector, desde su perspectiva, quien habrá de afrontarlos.²

¹ Mario Vargas Llosa, “Discurso de aceptación del premio Nobel de Literatura de 2010”, en <https://www.nobelprize.org/nobel_prizes/literature/.../vargas_llosa-lecture_sp.pdf>.

² Martha Nussbaum, *El cultivo de la humanidad*, 2005, Barcelona, Paidós Ibérica.

El cuento de Ignacio Padilla “Miranda de Chalons” será la piedra alrededor de la cual aprovecharé lo dicho por Vargas Llosa y por Nussbaum y también revisaré la tesis de G. C. Spivak,³ que es una conocida crítica literaria que ha hecho estudios profundos a propósito del subalterno. Analizaré los conflictos morales que justificaron las conductas de los distintos personajes, los que desembocaron en la creación del personaje que da nombre al cuento, las críticas filosóficas que se podrían hacer a tales conflictos y, finalmente, del conocimiento que la ficción nos ha dado. Todo esto desde la perspectiva de Joan Carles Mèlich, filósofo catalán contemporáneo.

El cuento pertenece al libro *El androide y las quimeras*. Padilla divide sus cuentos, me parece, precisamente según si hacen alusión al androide o a las quimeras. Si recordamos que la quimera es un monstruo formado por tres animales distintos, veremos cómo el personaje de Miranda de Chalons acabará por ser una quimera.

El cuento tiene un narrador que sabe todo lo que sucede y que, además, es protagonista.

³ G. C. Spivak, “Can the subaltern speak?” Este título fue cambiado por la autora por el de “History”, cuando lo incluyó en *A critique of post-colonial reason*. Las referencias de este texto serán a partir de la traducción al español de Sebastián Patiño y Gabriel Astey en *Textos de teoría y crítica literarias (del formalismo a los estudios poscoloniales)*, 2003, México, Universidad de la Habana y UAM Iztapalapa, Selección y apuntes introductorios de Nara Araújo y Teresa Delgado.

Narra la historia de dos estudiosos del lenguaje en niños salvajes y primates. Uno de ellos conoce a una niña salvaje que ha sido rescatada de los bosques de Champaigne y ha sido insertada de nuevo en la civilización. Él es M. La Condamine. El otro estudioso, que será el narrador, conoce la historia solo por lo que le han contado y por una pequeña biografía que ha leído acerca de la niña. Este personaje siente una gran emoción y entusiasmo por conocerla.

El narrador cuenta que un día deciden visitar a la niña, que ahora es una mujer de nombre Mademoiselle Le Blanc. Al conocerla, la impresión del narrador es de sobrecogimiento. La mujer vive en un edificio oscuro, en una buhardilla pulcra, pero no acogedora, un lugar que muestra el carácter obsesivo de quien la habita. Una mujer envejecida prematuramente, obesa y desdentada. Se sostiene por la caridad y por la venta de los libros de su biografía.

Por lo que observa el narrador, la mujer cuenta su historia de memoria, pero sin sentimientos, tratando solo de repetir lo que su biógrafa, M. Hacquet, ha escrito de ella. Narra sus pocos recuerdos de infancia, cómo fue raptada, cómo sobrevivió a un naufragio y vivió en los bosques de Francia con una compañera, una niña negra. Esta situación, sin embargo, no es la peor parte. M. Le Blanc muestra un resentimiento, un malestar que el narrador,

NOTAS

de momento, no se puede explicar y, aunque la visita termina, el interés del narrador-protagonista se ha incrementado.

Después de esta visita, La Condamine enferma y el narrador anuncia que hará un viaje para conocer a las monjas que participaron en el proceso civilizatorio de la niña y para aclarar todas las dudas que tiene a propósito de lo que le parece que es el fracaso de ese proceso.

En ese viaje descubre cómo la niña cambió sus hábitos de vida y de alimentación, cómo fue cambiando su carácter agresivo por uno más dulce que incluso se tradujo en un deseo de vestir el hábito religioso. Este deseo fue, sin embargo, el detonador de todo su infortunio, pues, al cumplir los requisitos para ese fin, un confesor descubrió que, aparentemente, había cometido un crimen del que no se arrepentía y por ello le fue negado su deseo.

El narrador descubrirá más tarde que el crimen del que se acusa a la niña es haber matado a la niña negra con la que vivió en el bosque. Había peleado con ella por un pedazo de espejo y, al parecer, la había golpeado y matado.

El protagonista del cuento se describe a sí mismo como un científico, estudioso del lenguaje en primates y niños salvajes; por esta razón, está muy interesado en que su amigo, M. La Condamine, le presente a la niña salvaje de Chalons; en realidad, los dos amigos comparten este interés y, por

eso, piensan que para ellos la niña es “oro molido” por los conocimientos que pudieran obtener.

A lo largo del cuento, el protagonista describe, con lujo de detalles, primero, su encuentro con la niña (ahora una mujer), y, después, las impresiones que ese encuentro ha dejado en él. En este sentido, el protagonista va siendo más afectuoso en su narración, no solo con su amigo La Condamine, quien se enferma después de su visita a Memmie (que es el nombre cariñoso que el propio La Condamine utiliza para llamar a la que fue niña salvaje de Chalons), sino que también abriga sentimientos de afecto hacia Memmie, que se muestra a lo largo de todo el cuento. Todo esto lo lleva a narrar con un lenguaje no científico, sino personal.

La intuición del narrador-protagonista le hace saber que algo falta en la historia que cuenta Memmie y en lo que su amigo le ha dicho, por lo que decide hacer ese viaje al lugar donde vivió la niña para saber más y resolver sus dudas.

El viaje del protagonista al convento de las monjas que cuidaron a Memmie resulta ser desolador. El protagonista descubre que Memmie fue rechazada para la vida religiosa porque el sacerdote que la confesó juzgó que eran “muchos sus pecados y nulo su arrepentimiento” y las monjas, que decían quererla, no la defendieron. Los sentimientos del prota-

gonista se desencadenan. Se siente agraviado por el maltrato a la niña, se siente traicionado por su amigo, que no le dijo la verdad, y se siente tan responsable como los “benefactores” por el fracaso del experimento de la niña de Chalons.

En sus reflexiones científicas, el protagonista se pregunta si fue el lenguaje recién aprendido lo que le dio a Memmie la conciencia de culpa, la idea de que tenía una deuda impagable hacia sus “benefactores” y hacia la sociedad, y lo que la convirtió en una mujer triste, melancólica, llena de remordimientos y de rencor. Además, plantea la importancia del lenguaje para el pensamiento, pues con el lenguaje interpretamos la realidad en la que nos movemos.

El protagonista logra con sus descripciones hacernos saber tanto sus sentimientos como los de los demás personajes.

Joan Carles Mèlich puede apoyar este sentimiento en el narrador, pues también a él le resulta muy importante el lenguaje para la interpretación del mundo en que vivimos. Propone una ética de la compasión que acompañe, que no juzgue, y que tenga como guía, precisamente, la finitud del ser humano. Mèlich sostiene una ética fundada en la literatura, en la narrativa, y esto le dará la posibilidad de determinarla desde lo que él llama “una postura de adverbios”, es decir, que la ética se mida según el cómo, el cuándo y el

dónde y no sobre principios absolutos, impersonales.

Diría Mèlich con respecto al trato que la niña recibió, que no había habido para ella una palabra ética: “La ética es posible si la relación de alteridad no es simplemente una relación de diferencia con la palabra del otro [...] la palabra deferente, la palabra ética es hospitalaria, acogedora”.⁴

Por otra parte, La Condamine es el personaje que acompaña al protagonista-narrador a lo largo de todo el cuento. Al principio, el lector tiene la impresión de que es un personaje secundario, que solo sirve para presentarnos a la niña salvaje de Chalons. Pero pronto descubrimos que su papel es muy importante en la historia; no solo conoció a la niña y sus vicisitudes, sino que ha formado parte de su vida, y el narrador descubrirá que, hasta cierto punto, ha sido el orquestador de su situación actual, puesto que el sitio en donde la mujer vive fue conseguido por La Condamine y fue él quien descubrió la condición en que fue encontrada la compañera de la niña, y este conocimiento fue fundamental para el destino de la actual Memmie Le Blanc.

La Condamine acompaña al protagonista en su primer encuentro con Memmie, pero después de esa visita, La Condamine, como hemos dicho,

⁴ Joan Carles Mèlich, *Filosofía de la finitud*, 2002, Barcelona, Herder, p. 22.

NOTAS

enferma, y esto hará que el narrador emprenda un viaje solo, para desvelar las dudas que han surgido en su mente desde ese primer encuentro. “—Vaya, pues, querido Burnett —me dijo con un hilo de voz—. Recuerde sólo que no está usted para salvar ni condenar a nadie”.⁵

La Condamine resulta ser un personaje amoroso, amigo incondicional del narrador y protector incansable de la niña salvaje. Quizá precisamente por eso, por amor a ambos, oculta al narrador la última parte de la historia. Pero, al mismo tiempo, consiente en el viaje del narrador. “Me bastó mirar su rostro para saber que La Condamine había estado aguardando mi regreso, ya no solo como el amigo que aguarda una charla cómplice, sino como el padre que ha dejado partir a un hijo a un viaje peligroso aunque necesario para forjarle el carácter”.⁶

La Condamine se somete al escrutinio del narrador, a su indignación, a sus críticas, a sus ironías; pero como el guía que lo sabe todo, espera con paciencia el reclamo. Él es semejante a Tiresias, el profeta ciego de Sófocles, aquel que sabe la verdad y es críptico para decirla. Él es el primero en conocer la falta que se le imputa a la niña, pero no la juzga, no es él quien marca su destino, mas,

cuando esto sucede, la acoge, no la abandona. Es él quien revela al narrador la última verdad sobre Memmie y es él quien comparte la culpa con el narrador y con todos los “benefactores” por este acto fallido de “humanización” de una pobre mujer.

La niña salvaje ha tenido una infancia llena de conflictos y desgracias. Cuando el protagonista la conoce, procura descubrir sus más antiguos recuerdos, pues, al hablar con ella, Memmie solo parece repetir de memoria la biografía que escribió Madame Hacquet: “el testimonio de Memmie Le Blanc sería una calca del relato que su biógrafa habría escrito y fijado para ella. Por un instante me aterroró la idea de que esa curiosa inversión hubiera agotado sin remedio la memoria de la muchacha”.⁷ Esta biografía había dado cierta fama a la niña salvaje, pero, como en la mayoría de estos casos, el interés de un público curioso desapareció paulatinamente. La autora daba cuenta del encuentro de la chica en los bosques franceses y de cómo el Vizconde d’Epinoy la había protegido y había encargado para su cuidado y educación a las hermanas del Couvent de Regents.

Mademoiselle Le Blanc recordaba vagamente que había sido rapta por traficantes de esclavos que la habían pintado de negro para poder venderla pues, aparentemente, la tenían que transformar en algo distinto

⁵ Ignacio Padilla, *El androide y las quimeras*, 2008, México, Páginas de Espuma, p. 96.

⁶ *Ibid.*, p. 98.

⁷ *Ibid.*, p. 94.

a lo que era. Hubo un naufragio del que ella y una pequeña compañera negra lograron salvarse y llegar hasta las costas de Francia. Ahí, en el bosque, aprendieron el lenguaje de los pájaros para poder comunicarse. “Me dijo cómo nadaron hasta las costas de Francia y cómo en sus bosques aprendieron a comunicarse con ademanes, a imitar el trino de los pájaros y a alimentarse de ranas, conejos e insectos”.⁸ Después, cuenta que peleó con su compañera por un pedazo de espejo “y de cómo se separaron luego de que Memmie abriese una profunda herida en la cabeza de su compañera de fatigas”.⁹

La niña fue encontrada cuando tenía alrededor de doce años. Entonces fue educada, se le enseñó a hablar en francés y fue transformada según un modelo de civilización; se le exigió que dejara sus costumbres de nadar y trepar a los árboles. Se le cambió la dieta, lo que provocó que se le cayeran los dientes, y se logró un carácter dulce para ella.

Me atrevo a pensar que, quizás, el autor de nuestro cuento haya pensado en la dominación que la lengua francesa ha ejercido sobre una gran población de África, aun ahora que se habla de poscolonialismo, y de cómo la cultura francesa, junto con la lengua, ha permeado a esos pueblos, pretendiendo ser única.

G. C. Spivak plantea cómo el mundo está dividido entre los que mandan y los que obedecen; planteamiento que no es nuevo, pero que aborda el sometimiento de los que obedecen hasta dejarlos sin capacidad de expresión. Spivak piensa en la mujer que, como en su país, resulta transparente. “Sí, en el contexto de la producción colonial, el subalterno no tiene historia y no puede hablar, el subalterno como femenino está aún más profundamente en la sombra”.¹⁰ Este es un elemento que podemos observar en Memmie. No afirmo que sea estrictamente un subalterno, pero sí que es tratada de manera que alguien más decide su vida y su futuro. “Para el (sin determinación de género) verdadero grupo subalterno, cuya identidad es su diferencia, no hay sujeto subalterno irrepresentable que pueda conocer y hablar por sí mismo”.¹¹ A ella no se le permitió decidir, opinar sobre su vida, ella no tenía voz; pero al tiempo ella intuyó que era “diferente”. Nació en ella una conciencia de esa diferencia aunque no pudiera explicarla o comprenderla del todo y en ella dominaba “la angustia de esa pobre mujer que, para su mal, era plenamente capaz de reconocer lo que la hacía diferente del prójimo y la manera en que la vida la había incapacitado para ser una persona común”.¹²

⁸ *Ibid.*, p. 93.

⁹ *Ibid.*, p. 94.

¹⁰ G. C. Spivak, *op.cit.*, p. 787.

¹¹ *Ibid.*, p. 786.

¹² Padilla, *op. cit.*, p. 92

Como vimos, el interés original del narrador era científico. Así, descubre que el lenguaje ha provocado un importante cambio en la personalidad de Memmie: “percibí en la actitud de Memmie un importante matiz [...] algo había ocurrido en ella a medida que el lenguaje había ablandado los meandros más oscuros de su conciencia”.¹³ Con el paso del tiempo, Memmie había adquirido conciencia de su situación. El narrador explica que todo niño salvaje tendrá siempre una malformación, pero la malformación de Memmie era de índole moral: ella había descubierto que nunca sería normal, que era un producto híbrido y falso de la civilización, que tenía una deuda impagable con sus benefactores, pero que ahora estaba sola y, abandonada, “y tanto, que ahora le era imposible deslindar su humanidad de su melancolía, una congoja de proporciones bíblicas que le emponzoñaba cotidianamente el alma como si la hermosa cesta del lenguaje hubiese encerrado para ella solo un áspid furioso”.¹⁴

Lo cierto es que la acción civilizadora, que quisieron llamar “humanizadora”, solo llevó a Memmie a la soledad y al sufrimiento, a convertirse en una historia desafortunada, “la obra trunca de un destino veleidoso”.¹⁵

¹³ *Ibid.*, p. 95.

¹⁴ *Loc. cit.*

¹⁵ *Ibid.*, p. 91.

La consecuencia de todo este proceso fue que ella quiso vestir los hábitos, pero su confesor decidió que eran muchos sus pecados (de los que no se arrepentía) y se truncó su deseo. Memmie se resignó a la negativa e inmediatamente empezó a decaer, hasta que “acabó por convertirse en una suerte de alma en pena a la que nadie sabía cómo tratar”.¹⁶

En continuidad con el pensamiento de Mèlich, quienes protegieron a la niña siguieron patrones morales preestablecidos para ayudarla, pero esto no fue suficiente, porque cuando el interés o el dinero se acabaron, la niña quedó abandonada a su suerte, y porque, al final, solo se veía una diferencia, una desigualdad. Un principio ético basado en la literatura y no en la metafísica hubiera empezado por reconocer la finitud y la precariedad de ese ser humano, su ambigüedad. No se puede pensar que no prevaleciese nada de lo anterior a la recepción de “la cultura”: lo que se ha sido y se ha vivido no puede borrarse por completo solo porque se recibe un nuevo aprendizaje.

Después de ese rechazo, el ánimo y la salud de Memmie decayeron y, probablemente, en la soledad fue sintiendo una culpa que hasta ese momento le era desconocida, pero que surgió en sus nuevas circunstancias. Esta toma de conciencia la convirtió en “un rencor viviente”, en “una alma

¹⁶ *Ibid.*, p. 100.

en pena”. Es posible que sintiera remordimientos por un hecho de su vida pasada que nunca supo que era malo, pero luego, al cambiar sus circunstancias, se alteró la perspectiva de su propia vida, lo que generó en ella un enorme sentimiento de culpa.

El narrador parece creer que fue el lenguaje, el idioma francés que Memmie ha aprendido, lo que favoreció su toma de conciencia sobre el bien y el mal, pues con este lenguaje Memmie reconoce nuevos sentimientos sobre sí misma y sobre lo que le rodea. Ella ha aceptado todos los cambios que se le han impuesto, y su vida y seguramente su percepción del mundo han cambiado para siempre.

Cuando el protagonista llega a visitarla, Memmie solo repite lo que le han enseñado, pero cuando es cuestionada sobre sus sentimientos al abandonar a su compañera en el bosque, algo salvaje se muestra en su reacción, en su mirada: ahora parece “un animal acorralado” y solo responde: “—Nada, señor. Entonces no sentí nada”.¹⁷

Esa palabra, “entonces”, nos hace saber que ha cambiado la percepción que tiene Memmie de sí misma. Quizás ahora piensa que “entonces” debió sentir algo, pena o soledad; es posible que antes no lo supiera, pero ahora lo sabe.

Lo cierto es que ella se sometió a la educación de sus benefactores y,

según parece, nunca se cuestionó lo que le estaban haciendo. Este proceso civilizatorio la condujo a una conciencia moral, pero no sabemos si surgió con el proceso o si estaba ahí desde el principio, aunque dormida. Lo que sí sabemos es que ahora tiene sentimientos que no sabe definir sobre la confrontación con su “compañera de fatigas” por un trozo de espejo, en la que la otra niña resultó herida. Después sabremos que los benefactores piensan que ese golpe mató a la niña; creyeron, entonces, que Memmie había ocultado esta situación, que había mentido.

Memmie no sabe cómo defenderse o justificarse. Se toman decisiones sobre su vida y sobre su futuro tal como habían hecho antes. Jamás permitieron que tomara una decisión, que ejerciera alguna libertad sobre su propia existencia y la condenaron a una vida miserable e incomprensible para ella, que solo la condujo a sentirse también miserable, ajena a todo y, a la vez, aferrada a un entorno que la sometía pero que ella procuraba mantener impecable, como si tuviera miedo de que, al modificarlo, fuera a derrumbarse con él.

¿Memmie es igual a los demás?, ¿no es una realidad que es una niña —es decir, mujer y corta de edad— salvaje y que había quedado a merced de los otros? Alguien más habló por ella, alguien más decidió lo que

¹⁷ *Ibid.*, p. 94.

NOTAS

le convenía; ¿hubiera podido decir qué quería? No, no solo porque no tenía el lenguaje adecuado, sino porque tampoco tenía una condición para hacerse oír. Es lo que Spivak llama “subalterno”. Memmie no tiene voz, no puede hablar y, aunque tuviera el lenguaje adecuado, nadie la escucharía porque, a la vista de los demás, no sabe lo que le conviene porque no entiende su situación. No la ven como a un ser humano igual a los demás; en realidad, es inferior, es solo un “subalterno”.

El lenguaje debió abrir a la protagonista las puertas a la cultura; debió ser el elemento que permitiera a la niña expresar sus deseos, sus pensamientos. Sí, se le dio el lenguaje pero, luego, se le prohibió el habla como expresión de su interior. “Gracias al lenguaje, Marie-Angelique Le Blanc se había convertido en un rencor vivo, en la encarnación misma de la culpa por un acto que ni siquiera estaba segura de haber cometido, una falta que se había transformado en pecado cuando su memoria al fin pudo nombrarla con todas sus letras.”¹⁸

El lenguaje dio nombre a las acciones de Memmie siguiendo parámetros occidentales y le dio la capacidad de reconocer su propia vulnerabilidad como un ser humano cuyo único conocimiento era cómo sobrevivir en un mundo inhóspito... como lo hace

cualquier animal. La realidad de la niña pudo haber marcado la pauta para el aprendizaje que debió recibir.

La niña salvaje no se convirtió en Marie-Angelique Le Blanc. Fue obligada a usar un traje que le quedaba mal; pero no solo eso: en ese traje había alfileres con nombre de culpa que le hicieron daño, porque la niña no los pudo comprender del todo y porque nunca desaparecerían. Fueron sufrimientos y culpas que antes no conocía y que, tal vez, habrían podido evitarse si los acercamientos, sobre todo de los moralistas, del confesor y de la madre superiora del convento, hubieran sido más generosos y hubieran aceptado la condición finita de la niña, su situación concreta y la diferencia que realmente existía entre su vida y la realidad externa, que no dejaría de existir solo porque le cambiaron el vestido, la comida y las actividades cotidianas. Esa diferencia que no vieron los protectores “civilizados”, no fue reconocida y solo los llevó a la intolerancia y al abandono de Memmie; es decir, al olvido de su responsabilidad con la pequeña.

La niña tenía un lenguaje cuando fue encontrada, pero se determinó que no era el adecuado y, por ello, no fue escuchada. El lenguaje que le impusieron la marcó como culpable sin posibilidades de redención.

¹⁸ *Ibid.*, p. 98.